

Grupos de descendencia haitiana y estrategias familiares: una mirada desde la región guantanamera.

Dra. María Eugenia Espronceda Amor
Profesora de Antropología Cultural,
Universidad de Oriente. Cuba

Resumen:

Este artículo versa sobre los grupos de descendencia haitiana en Guantánamo, región del extremo oriental de Cuba. 35 familias haitianas y sus descendientes constituyeron la base esencial para nuestro estudio, cuando al menos habían cursado dos generaciones desde el arribo del proceso migratorio haitiano en la segunda década del siglo XX. Tomando como centro a la mujer haitiana, la descendiente y la cubana, reconstruimos dentro del ciclo familiar (incluyendo a las uniones múltiples porque en su mayoría implican descendencia) la forma en que se van integrando a la sociedad cubana donde el peso recae en la relación entre descendiente de haitiano y cubana para la segunda generación.

Palabras clave: grupos de descendencia haitiana, ciclo familiar.

Abstract: This article focuses on Haitian descent groups in Guantánamo, the easternmost region of Cuba. 35 Haitian families and their descendants formed the essential basis for our study, when at least two generations had attended since the arrival of Haitian migration process in the second decade of the twentieth century. Taking center Haitian women, the offspring and Cuban rebuilt within the family cycle (including multiple unions because most involve offspring) how they are integrated into Cuban society where the burden is on the relationship between Haitian and Cuban descendant of the second generation.

Keywords: Haitian descent groups, family cycle.

Unas ideas de partida...

Las entradas y salidas cognoscitivas a un objeto de estudio suponen siempre unas bases disciplinares, experiencia investigativa e interés formativo del que no escapan los recursos afectivos en un intento por seducir, problematizar o provocar nuevas formas de “entender la realidad”, concomitante con motivos que, en ocasiones, pueden resultar diversos. Si es argumento central en estas páginas una mirada al mundo haitiano desde sus grupos de descendencias en la región oriental de Cuba, entonces las reflexiones que se sucederán a continuación tendrán cierto sabor a nostalgia, toda vez que hemos observado una ostensible reducción de producciones investigativas sobre el tema; quizás proceso paralelo a otros muchos factores de la construcción del conocimiento en el país, que tendremos ocasión de comentar; en parte, asociado también con la necesidad creciente de realizar

estudios sobre migraciones menos abordadas, pero en cierta medida prendado de agotamientos, superposiciones o reproducciones analíticas del tema haitiano sin saltos o giros sustanciales en la forma de acercamiento –tal vez por la rutinización–, resultante de la repetición de esquemas institucionales en un intento por apostar a la legitimación de uno de los ejes articuladores de nuestra diversidad cuando han transcurrido varias décadas desde que se iniciaron los procesos migratorios en la región, sin el recurso justificativo que le otorga la continuidad¹⁴.

Si se ha de pulsar la “haitianidad”, varias décadas se habrán sucedido desde que fueron escritos libros y ensayos ya clásicos. Pérez de la Riva, Alberto Pedro, Rolando Álvarez Estévez, J. Carreras, J. Guanche, S. Valdez Bernal, entre otros muchos, constituyen lecturas obligadas. En un cierre que otorga a lo regional un rol protagónico, destacan los aportes significativos de varios investigadores bajo la égida que marcó la institución Casa del Caribe cuando sobre la década de los 80 se inició una obstinada cruzada por visibilizar las marcas identitarias de dicha inmigración en la zona oriental cubana, cuya estigmatización, minimización o naturalización fue alimentada desde diversas estructuras de poder, acompañando durante décadas la visión del “resto de la población cubana”, sumiéndola entonces en un desconocimiento, misterio y enajenación que fue tratado de remediar por dichos investigadores mediante una gestión investigativa institucional que articuló todos los resortes existentes para propiciar desde entonces y hasta la actualidad otras miradas.

En ocasión de un encuentro entre investigadores de la Casa del Caribe, una asistente comentó lo “natural” que resulta discutir el tema de las migraciones caribeñas cuando el otro, el caribeño, en tanto diferente, reclama nuestra atención. Emergieron entonces diversas disquisiciones acerca de lo escaso que resultan los estudios sobre la hispanidad, la presencia china, latinoamericana y de otras regiones del mundo, cuando estas en mayor o menor proporción aportaban una diferencialidad desde las bases de nuestra cultura y sobre la que descansan ciertamente algunas claves de nuestra identidad. Cabría preguntarnos entonces si se trata de un balance entre lo que se investiga y sus “sustentos desde la realidad”, o si se trata de una correlación entre lo que se produce científicamente –dígase la estructura del conocimiento científico y sus condicionantes: libros, ensayos, política científica, organización socializadora del conocimiento, etc. –.

En tanto el esfuerzo investigativo pretenda esclarecer algunas de las ideas enunciadas, al adentrarnos en la década de los 90, desde los propios inmigrantes y sus descendientes, se produce un reclamo por explicar sus orígenes acorde a las matrices migratorias de las cuales provienen, cuando durante un buen número de años los trabajos sobre el tema habían descansado en articular la información existente acerca de los tipos de migraciones, monto, características generales, procedimientos jurídicos y, en menor medida, lo relativo a la identidad cultural. De alguna forma, las raíces volvieron a emerger en términos culturales cuando, entre varios factores, en los inicios de dicha década la crisis por la que atravesaba

el país podía ser paliada por estrategias institucionales e individuales siguiendo la conexión inexorable del cordón que une a los individuos, sus ancestros y las historias tejidas desde sus vidas cotidianas, reproducidas de forma dinámica por las nuevas generaciones a partir de las relaciones entre países emisores durante los primeros 50 años del siglo XX y Cuba. Con lo anterior, se producirían las condicionantes básicas capaces de ofrecer suficientes razones para convertirse en una temática codiciada intentando abarcar una gran diversidad de espectros poco abordados en décadas anteriores.

Las herramientas cognoscitivas con las que se han elaborado los trabajos sobre este particular han estado condicionadas por la naturaleza de las ciencias sociales que han gozado de cierta continuidad académica y, por ende, divulgativa. Con ello, tanto el tipo de material existente, como los modelos de legitimación de conocimiento, han dependido, en buena medida, de los estándares aceptados como válidos en calidad de juicios de valor. Sin lugar a dudas, es la ciencia histórica la que de forma sistemática ha realizado ingentes esfuerzos por acumular, argumentar y comprender mediante sus recursos metodológicos resultados más visibles, en menor medida, la lingüística. El resurgimiento de la ciencia sociológica en la década de los 90 y el interés mostrado por la psicología para enfocar las emigraciones de Cuba hacia otros países, complementarían ciertamente una gama importante de perspectivas para su estudio. La aún efímera presencia de la antropología desde lo académico ha comenzado a ofrecer sus frutos; cuando no debemos olvidar que tres o cuatro décadas atrás alguna que otra investigación hizo gala de dichos conocimientos, sin llegar a fructificar del todo y convertirse en un tipo particular de estudio capaz de realizar análisis sistemáticos y comparativos a escala regional o, en un esfuerzo mayor, aunar voluntades para complementar con estrategias específicas, ciertas zonas de conocimiento carentes, por parte de estudiosos cubanos.

No creemos que en las intenciones de este texto se pretenda cubrir con exhaustividad las disciplinas científicas que tradicionalmente enfocan las migraciones; tampoco cumple el propósito de seguir la secuencia particular sobre un determinado grupo de inmigrantes y descendientes para abarcar la totalidad de su vida cotidiana. El ensayo que aquí aparece intenta desentrañar algunos conceptos, perspectivas, herramientas metodológicas y argumentos explicativos a partir del análisis de un caso específico de las migraciones caribeñas: los haitianos, en una lógica del pasado en el presente con miras a evaluar las conexiones esenciales de organización social–acción, en función de comprender lo relativo a las identidades. Tal vez sea este el punto de diferencia con los textos anteriores, cuando el andamiaje teórico resulta más que necesario, si queremos aclararle al lector las claves sobre las que descansan semejanzas y diferencias.

Centrado en la conexión sociología-antropología, no resulta usual encontrar textos sociológicos interesados por este tipo de estudios en Cuba. Tal vez la razón descansa en la ausencia de inmigraciones desde el triunfo revolucionario con lo cual carecería de actualidad si a estadísticas se refiere. Si seguimos esta idea, dicha ciencia estaría incapacitada para realizar acercamientos sistemáticos tomando como referente diversos grupos de inmigrantes llegados durante la primera mitad del siglo XX. Las huellas de tradiciones teóricas interesadas en el análisis del pasado desde el presente con los requerimientos de la sociología fue lo que hizo nacer la denominada Sociología Histórica, la que ciertamente aporta y complementa cualquier tipo de aproximación. Lo imperante en la Sociología contemporánea que se construye en Cuba fue y sigue siendo la explicación de procesos actuales cuyas tendencias reclaman estudios dados al esclarecimiento de causas, análisis de procesos acorde a la dinámica entre la estructura social y la acción a partir del papel de los factores sociales.

Con lo anterior no estamos otorgando un papel prioritario a la Sociología Histórica por encima de enfoques centrados en los problemas actuales, de alguna forma, el acercamiento a cualquier comportamiento o problema “contemporáneo” tiene raíces en el pasado y, por tanto, una historia atravesada por un sinnúmero de acontecimientos que pueden dibujar etapas, períodos, adaptaciones, cambios, etc. No obstante, el balance de las investigaciones sociológicas en Cuba prácticamente relega a un último lugar este tipo de práctica investigativa. Ello pudiera estar asociado a la necesidad constante de dar respuesta a diversas problemáticas contemporáneas o a la relativa ausencia de especialistas formados en esta ciencia antes de la década de los 90 a causa de las vicisitudes por las que tuvo que atravesar en tanto no estabilizó sus resultados, cuerpo académico o grupo de investigadores más o menos formales, impactando sobre un tipo de investigación de naturaleza prioritaria reclamada desde la práctica social.

Retomando el punto de partida acerca de las investigaciones sobre identidad cultural, no se trata tampoco de superponer de forma casi novelesca y artificial aquellos aspectos asociados a los inmigrantes y descendientes como si estos hubiesen permanecido en el país durante décadas o nacido en nuestro territorio conservando idílicamente, de forma absoluta o totalitaria, rasgos culturales raigales asociados a los orígenes. Los conceptos desarrollados por la antropología sobre el tema no nos permitirían caer en estos extremos, desconociendo o ignorando la acción de los procesos culturales en una relación de adaptación, cambio y enculturación de patrones divergentes concomitantes con los propios tras el paso de las generaciones. En el justo equilibrio entre ambos aspectos: pasado y presente, radica cualquier aproximación justa sobre el tema, lo contrario sería resultante de un espejismo. Aspectos relacionados con cambios sustanciales desde lo económico, político, religioso, los tránsitos generacionales, el género y la cultura como totalidad, guardan una íntima conexión con el contexto en sus múltiples interinfluencias.

El análisis de las migraciones en las referencias básicas del modelo sociológico.

No es nuestra intención seguir las matrices teóricas básicas desde las que se han construido los marcos que explican las migraciones. Cuando se revisan libros ya clásicos del quehacer sociológico, solo recientemente emergen los temas migratorios y sus impactos culturales, cuando ya el tema no podía ni debía ser inadvertido, como uno de los grandes problemas del siglo XX y, por ende, el actual, sustentando la necesidad de su inclusión en tanto ha dinamizado las modernas sociedades occidentales convirtiéndolas en espacios multiétnicos y multiculturales. Trabajos de cabecera para la ciencia especifican a la *Sociología de las migraciones* como un área particular de aplicación de dicha ciencia, precisando la dificultad metodológica que entraña su medición si se compara con otras fuentes para el estudio de la población: nacimientos y defunciones. A pesar de aparecer en diccionarios, enciclopedias o trabajos que argumentan las esferas en que se mueve la sociología, sus explicaciones describen el hecho en sí y los términos introducidos a estos fines, antes que sistemas teóricos particulares elaborados a estos efectos.

En sus inicios, el saldo investigativo favorecía estudios económicos que tocasen salarios, calidad de vida, las formas en que los inmigrantes se asientan en los espacios urbanos y sus impactos culturales, redes migratorias y enlaces laborales, las características de sus residencias, etc., actualmente el prisma de temas se ha diversificado y multiplicado, incluyendo lo relacionado con el estado de bienestar, los problemas de etnicidad y su impacto sobre las “homogeneidades culturales”, incluyendo el factor lingüístico, en fin, se han perfilado enfoques diferenciales para su abordaje. Pese a lo anterior, es evidente su ausencia como un área generalizada, fácil de encontrar en libros introductorios, manuales o de sistematización teórica; de preferencia, afloran los esfuerzos de explicación de problemas urbanos, familiares y otros, más que como área particular en sí misma^[1], al tiempo que no han sido desarrolladas teorías sociológicas particulares para abordar el tema, lo que podemos apreciar es el empleo de sus modelos explicativos, tanto las teorías generales como las de alcance medio en calidad de métodos o las formas en que articula la explicación de las teorías existentes en la ciencia sociológica.

En ese sentido, pueden ser encontrados textos acerca de redes migratorias cuya metodología pueda estar argumentada desde la propia teoría de redes o, solo pensar en la red como concepto que organice la investigación. En este sentido, se han empleado con similares acepciones los términos campo, conjunto y retículo, densidad, malla e intervinculación, agrupamiento, sector, cuasigrupo y coalición^[2]. Ciertamente, la posibilidad de pensar en las cadenas migratorias tomando como indicadores los orígenes de los individuos, las formas en que se

asientan y se apoyan en la vida cotidiana, el ordenamiento respecto a empleos y otros aspectos, incluyendo otros rituales familiares como padrinzagos y compadrazgos, etc., se han desarrollado a partir del estudio de redes. Desde otra arista, los procesos migratorios que interconectan factores económicos y políticos, tomando el enfoque de la configuración subjetiva del migrante, articula orgánicamente elementos estructurales y de la subjetividad del individuo^{lvi}.

En los estudios sobre migraciones se deben tomar en cuenta tanto los estatus jurídicos de los emigrados (legales o ilegales), junto a la circunstancia de estar implicados uno o más países en un mismo proceso y contexto, con lo cual estaríamos en presencia de una emisión de población en una región. Un elemento que no debemos descuidar es la naturaleza sociohistórica de dicho proceso en tanto pueden estar actuando conexiones anteriores de los modelos colonia-metrópoli; o nuevas dinámicas acorde a las características del ordenamiento mundial del capital. En este sentido destacan los enfoques transnacionalistas.

Los ejes centrales para el estudio de una ciencia pensada con el propósito de develar el accionar de las estructuras sociales –dígase instituciones, organizaciones, asentamientos y grupos–, bajo el imperativo de la acción de los actores implicados en esas estructuras y las formas que adoptan en esa relación, favorecen explicaciones que encuentran respuestas al cambio social, haciendo imposible abordar cualquier problema del mundo moderno al margen de los impactos de los procesos migratorios tanto a nivel interno, como en las migraciones internacionales. En el crecimiento de las poblaciones de los llamados países del primer mundo, no cabe la menor duda de que la responsabilidad recae, con fuerza sostenida, sobre las dinámicas migratorias.

Si es el cambio social lo que se quiere analizar a partir de los procesos migratorios, básicamente la inmigración, ¿pudiésemos tomar a Cuba como referente para un estudio sociológico aun cuando nuestro saldo migratorio es negativo desde hace más de 5 décadas? De lo anterior se desprende por naturaleza que enfocar estudios migratorios de escala internacional en nuestro país carecería de pertinencia, si no hemos recibido inmigrantes que la sustenten, ¿valdría la pena desarrollar esfuerzos teóricos y metodológicos si nuestra atención está ubicada en la explicación de un presente cada vez más alejado de entradas de inmigrantes donde operan de forma articuladora los recursos de una inserción ocurrida durante décadas tras el paso de varias generaciones?, ¿qué diferencias esenciales pudieran existir entre los trabajos sobre el tema enfocados a partir de la ciencia histórica, los sociológicos o lo antropológico, si se reclama por fuerza una condición de inmediatez?

Las condiciones básicas para el desarrollo de investigaciones sobre temas migratorios y sus impactos reclaman como premisa, contemporaneidad. Si vamos a concentrarnos en Cuba, estamos ante todo en presencia de un caso *sui generis*. La ausencia de inmigrantes por cinco décadas, como ningún otro espacio social,

nos pone en situación de valorar si es el pasado o el presente lo que puede ser explicado, argumentado o interpretado, a partir de pulsar la forma en que se conservan las memorias individuales, familiares y colectivas. Si se trata de advertir una diversidad de comportamientos culturales cuyas raíces están en un pasado de historias de inmigrantes, ¿sería suficiente ir a él para luego tomar lo que nos permita entender su presente?, ¿qué prácticas, costumbres o comportamientos pueden quedar del pasado cuando con el paso de las generaciones, una estructura social con pretensiones de estandarización u homogeneidad y una marcada voluntad de visibilizar semejanzas por encima de diferencias, han marcado los destinos de cualquier ensayo interesado en el tema?

Los procesos migratorios y los grupos de descendencia: el caso haitiano.

Entre todas las disciplinas ha sido la antropología, la que ha marcado pautas por ser, precisamente, el tema del contacto entre culturas, parte consustancial de su objeto de estudio desde los primeros momentos de su surgimiento como ciencia, de ahí que su sello se encuentre estampado en cada uno de los conceptos que se manejan a estos efectos; no obstante, por su escaso desarrollo en Cuba, desde la óptica investigativa y sobre todo académica, ha reinado el enfoque histórico – sobre otros como el demográfico, sociológico y propiamente antropológico– en los estudios sobre la formación y desarrollo de la cultura nacional, de sus símbolos identificadores, de las aportaciones específicas de sus componentes étnicos conformadores y del devenir de ciertas manifestaciones culturales concretas (religión, música y otras de la cultura popular tradicional), donde la presencia de la antropología ha estado más en el espíritu de algunas técnicas de recogida de información y en el propio objeto, que en la convivencia con él en el terreno y manejo conciente de conceptos.

Es por ello que la supremacía antropológica en esta línea temática y la situación singular de Cuba aquí esbozada se presentan como una disyuntiva teórica –de enfoque, sobre todo– al emprender la búsqueda de un concepto que, sin perder la naturaleza cultural del fenómeno que abarca, logre desprenderse de esta perspectiva de análisis. Se trata de encontrar un instrumento conceptual que defina, para el caso en estudio: un contingente masivo de inmigrantes haitianos que durante casi medio siglo estuvieron entrando y saliendo de nuestro país, legando una resultante cultural y de la cual no se tiene suficiente y eficiente información como para estudiar, desde la óptica antropológica, su impacto sobre la cultura cubana o parte de ella.

Acerca del carácter suficiente y eficiente de la información necesaria para abordar el problema en cuestión, resulta imprescindible la introducción de algunos argumentos sintetizadores. Ante todo hay que delimitar la cuestión del objeto de estudio, que por su magnitud macrosocial como fenómeno y conglomerado humano, desborda –y hace imposible– cualquier adaptación de técnicas y/o estrategias metodológicas de índole antropológica a contextos más conceptual y

situacionalmente específicos. Entonces queda otra alternativa: el modelo etnográfico de investigación; si se intentara aplicar, afloraría una carencia de exhaustividad informativa respecto al desenvolvimiento cultural de los asentamientos –un número lo más cercano posible a la totalidad– de origen o con presencia significativa de la raíz étnica haitiana; asentamientos que durante el siglo XX han existido, existen o ya han desaparecido, diseminados desde la actual provincia de Ciego de Ávila hasta el extremo más oriental de Cuba, principalmente, en constante proceso de intercambio cultural con la población cubana, con diferentes niveles de alcance y profundidad en dependencia de factores asociados a la impronta rural o urbana, la región geocultural del país en que se encuentren y los consiguientes desarrollos culturales particulares propios del nivel comunitario^{vi}.

Las investigaciones realizadas en comunidades de este tipo no rebasan siquiera el 50% de las existentes hoy en día, y tampoco han afrontado los estudios, necesariamente, con una visión holística de la cultura; en este orden se puede afirmar que son insuficientes ya que por centrarse en el tratamiento de determinadas áreas de la vida cultural (religiosidad, lengua, música, danza, etc.) o descripciones generales de la vida en el asentamiento, no llegan a constituir una descripción-interpretación de la cultura del mismo.

Las parentelas y los grupos de descendencia.

M. Segalen (1992) al abordar a la parentela la sitúa al tomar como centro a un individuo (ego) en su reconocimiento de parientes por la sangre (consanguíneos) y por la afinidad (alianza), hasta el agotamiento de los lazos genealógicos que su memoria o la de su grupo pueda retener^{vii}. Más adelante enfatiza que su tamaño puede variar según las ocasiones sociales tendiendo a marcarse límites. F. Zonabend (1988) plantea con relación a la parentela su definición con respecto a un individuo y por ende se trata de un grupo personal. La composición de ese grupo varía de acuerdo con las sociedades, porque puede incluir a los consanguíneos hasta un determinado grado y excluir a los aliados; incluir a ambos o incluso incluir a algunos aliados y excluir a otros. Los Grupos de Descendencia se abordan de acuerdo con los sistemas de parentesco anteriormente explicados, sus características, semejanzas y diferencias.

Resulta muy interesante el hecho de que estos grupos para el estudio desde la óptica migratoria pueden estar formados bilateralmente por inmigrantes (o sea padre y madre) y, por ende, la estructura bilateral tendrá características muy diferentes cuando la descendencia se obtiene por una sola vía (padre o madre). Estamos ante la dicotomía de los mecanismos de transmisión en el proceso socializador.

Abordar los estudios migratorios no es para nada una novedad. Todas las ciencias sociales, de una u otra forma les han destinado miradas múltiples: desde algunas

centradas en ellos, hasta otras en las que las migraciones son solo un pretexto para argumentar principios y postulados. Si vamos a enfocarnos en las migraciones, estaremos situando uno u otro lado del proceso: o como emisores o en la condición de receptores, sin excluir que ambos movimientos pueden estar operando de forma simultánea tanto espacial como temporalmente, aunque a nivel mundial pueden ocurrir procesos donde una esté por encima de la otra según la región que se trate. Un caso peculiar es tomar a Cuba como centro de análisis, toda vez que los ritmos de entrada y salida del país, destinos, ritmos, tendencias del movimiento, montos e impactos sugieren una larga lista de enfoques concordantes o alejados de las ideas centrales de este trabajo, según las épocas a las que estemos haciendo alusión o a sus propósitos centrales.

En el caso Cuba, no cabe la menor duda de que el tema de las migraciones será uno de los ejes temáticos de eterno retorno, si las diferencias significativas o no evidencien algún tipo de comportamiento asociado a los orígenes en cualquier esfera de la vida social. Es un reto pensar en trabajos migratorios cuando en las últimas cinco décadas predominan incursiones sobre migraciones internas, con referencias leves al impacto de las pérdidas de población por emigración, según lo que registra la literatura escrita desde dentro. El papel de la ciencia histórica, predominante en un país que se ha formado por migraciones, ha marcado, sin lugar a dudas, las lógicas de sus análisis que van desde estudios amplios de demografía histórica con abarcadoras y pormenorizadas estadísticas, incursiones regionales y las formas corpóreas que adoptan casos particulares como pueden ser las migraciones hispana, china, norteamericana y antillana, por citar las de un espectro mayor.

La importancia del crecimiento de la población de Cuba por inmigración es decisiva desde el proceso de la colonización, cuya tipicidad hace del Caribe un caso singular. Cuando mayormente en la América continental aún se puede encontrar la presencia de población originaria, más o menos mayoritaria según los diversos países, en el nuestro los registros constituyen excepciones, solo localizable en apenas escasas comunidades de la región sur oriental. Es así que lo que marca la diferencia sea precisamente esa formación por inmigraciones y sus mezclas sucesivas durante varios siglos.

Es importante señalar que aunque la región oriental había experimentado desde finales del siglo XVIII un intenso proceso migratorio con la inmigración franco haitiana entre otras, durante los inicios del siglo XX se produce un nuevo proceso que desborda significativamente la anterior, reconocida por sus estudiosos como la inmigración antillana. La migración entre Las Antillas parece cosa común en el XIX, pero es durante las tres primeras décadas del XX, donde se registra un alza notable de este tipo de proceso y que ha sido advertido progresivamente en nuestras estadísticas demográficas, así como su repercusión en numerosos aspectos de la vida social a nivel nacional.

Si nos remitimos a los censos, para 1899 los inmigrantes apenas alcanzaron el 1% del total de individuos que había en la Isla sumando a toda la región antillana. Una desproporción demográfica entre mujeres y hombres se repetiría sustentando viejas tesis demográficas. Para el caso que nos ocupa, sus estadísticas sugieren que "tomados en general los varones son más que las hembras en una proporción de 4 a 1, pero parece que entre los inmigrantes de Las Antillas, la América Central y del Sur y México el número de hembras es casi igual al de varones..."^{viii}.

Cuando se quiere conocer estadísticas migratorias, un seguimiento a sus registros nos aporta que a partir de 1907, bajo el acápite de antillanos no mencionados (excluyendo a República Dominicana y Puerto Rico) se recogen un total de 10 008 inmigrantes^{viii}, reportando una entrada de 1 508 y una salida de 886 para un aumento de 622 haitianos sin pérdidas. Entre el censo de 1907 y el siguiente, 1919, una información que debe ser consultada es el Informe de Secretaría de Hacienda sobre Inmigración y Movimiento de Pasajeros, la que además de recoger pormenorizadamente el total de mujeres y hombres, presenta otros registros de mucho valor para este caso. La alusión al número de solteros y casados nos ayuda a conocer el estado inicial de estos al arribar a Cuba y, por tanto, se abre un conjunto de posibles estrategias de emparejamiento y de vida familiar una vez establecidos en el país. Si la categoría de solteros (la que puede ser inclusiva de viudos) constituía más del doble que la de los casados, esto suponía un abanico amplio de posibilidades de elección en cuanto a mercado matrimonial, lo que no supone que la condición de casados les impidiesen iniciar nuevas relaciones o simultanear parejas una vez asentados en suelo cubano.

De esto se pudiera inferir, a modo de hipótesis, que al existir una tendencia mayoritariamente masculina, ello no propiciaría un apareamiento equilibrado entre inmigrantes y por tanto, habría de conducir a una mezcla obligada con el resto de la población cubana (en parte también inmigrante de otras regiones y en parte nacida en Cuba con ancestros migratorios diferencial por generaciones), ello generaría en el plano procreativo estrategias de reproducción tendientes a la adaptación, asimilación y enculturación de éstos y sus descendientes en el nuevo contexto. Si a lo anterior añadimos que el mayor por ciento de solteros estuvo en el orden del 65% al 97%, y lo asociamos al grupo etéreo en estado fértil (mujeres) constituye también un dato significativo, nos permitiría conjeturar que más del 75% de los inmigrantes desarrollaron sus estrategias de reproducción en Cuba.

Con relación al período, debemos apuntar que las formas de arribo al país podían tener dos fuentes básicas: la legal y la ilegal. Diversos autores apuntan hacia la existencia de una inmigración ilegal que llegaba anualmente, cuyas estadísticas resultan muy difíciles de precisar. Algunos la calculan en unos 500 000 inmigrantes entre 1913 y 1930^{ix} y otras fuentes indican que si entre 1915 y 1929 la inmigración legal alcanzó los 200 468, al referirse a la clandestina tendremos que "... representa entre la tercera parte y la mitad de la inmigración legal. Así un promedio anual de treinta mil a cuarenta mil adultos iban a Cuba en busca de

trabajo y en el año 1920 la cifra alcanzó (entre legal e ilegal) alrededor de 50 000 hombres. Una baja se registró en el período posterior a la crisis mundial; sin embargo, en 1930 llegaba a treinta mil haitianos, sólo en la provincia de Camagüey, según el cónsul haitiano en esta población”.^[xi] La investigación “Fuerza de trabajo nativa e inmigración ilegal haitiana 1899-1913”, de J. Cernicharo, apunta que “...la búsqueda de una fuerza de trabajo con tales características determinó que hacia 1909 ya existiera un considerable movimiento migratorio ilegal de braceros haitianos por las costas de la región de Guantánamo...” y calcula que para 1911 la entrada ilegal de braceros estuviese entre 10 000 y 12 000 asentados principalmente en dicha ciudad.^[xii]

En la década siguiente comienza a revertirse este proceso en tanto 1931^[xiii] se presenta como la culminación de un largo período de inmigración iniciado a principios de siglo y que, progresivamente, según las estadísticas fue disminuyendo, “en 1931 sólo inmigraron a Cuba 22 haitianos...”.^[xiv] La cifra oficial que presenta el Censo es de 77 535 haitianos, de ellos 87,7% hombres y 12,3% mujeres, se siguen manteniendo los niveles bajos con relación a las mujeres, apareciendo como una tendencia estable durante todo el período de la inmigración.

No se puede dejar de mencionar para el estudio de la inmigración haitiana una situación particular que marcaría definitivamente sus características en la década del 30. Aunque el tema de la repatriación no era nuevo, un decreto del 19 de octubre de 1933 ordenaba la vuelta obligatoria de todos los extranjeros desocupados y sin recursos^[xv] a su país de origen, repercutiendo de manera tal desde el punto de vista de su aplicación que “...al año siguiente se inició el programa de deportaciones encaminado principalmente contra los haitianos, y ya para junio de 1934 habían salido del país cerca de 8 000 inmigrantes de Haití”.^[xvi] La devolución forzosa desde la perspectiva haitiana se extendió por varios años y en 1937 alcanzó la cifra de 25 000 haitianos. Escenas dolorosas y humillantes de su “captura en los campos cubanos” los llenaron de temores y provocaron un aislamiento cada vez mayor, conduciéndolos a estrategias de asentamiento en zonas cada vez más distantes e intrincadas.

Otro aspecto que no debemos dejar de mencionar tiene que ver con un cambio en la Constitución de la República en 1940 que provocó modificaciones en la concepción, tratamiento y acopio de información con respecto a la inmigración. Antes de la Constitución y Ley Constitucional se consideraban extranjeros a los nacidos en Cuba de padres extranjeros, a menos que al arribar a la mayoría de edad optaran por la ciudadanía cubana o renunciaran a la ciudadanía de sus padres. De ello se desprendía que cubanos eran todos los nacidos en Cuba, aunque fuesen de padres extranjeros.^[xvii]

Si la forma de registro advierte un cambio de estatus para los descendientes, entonces en 1931, el 52,1% del total de los extranjeros eran nacidos en Cuba,

mientras que para 1943 estos sólo alcanzaban el 1,2%, y el 98,8% provenían del exterior.^[xviii] A los efectos de los grupos de descendencia constituidos en suelo cubano, los procesos de conformación de las identidades no solo son consecuencias de cambios en sus formas de registro o reconocimiento aun cuando esto pueda tener algún tipo de significación. Para 1953 (último registro demográfico antes del triunfo revolucionario en 1959), el número de haitianos era de 27 543^[xviii], manteniéndose altas cifras de varones 23 945 (86,9%) frente a un reducido número de mujeres 3 598 (13,1%), aunque otras estadísticas muestran que unos 60 200 debían sobrevivir^[xix]. Las últimas memorias asentadas aparecen en el Censo de 1970 cuando quedaban en el país 22 579 haitianos de los cuales 19 977 eran hombres y 2 602 mujeres. En los momentos actuales esta información sólo es posible obtenerla mediante las Asociaciones de Inmigrantes y Descendientes en los territorios donde se han asentado históricamente, o producto de un trabajo de campo mediante una matriz de crecimiento a partir de los descendientes.

Para estudiar los grupos de descendencia habría que incorporar su actividad económica en una posición central. Las comunidades o asentamientos estables que se pueden localizar se acogen a los rigores de la dependencia de un monocultivo, y junto con ello un conjunto de población flotante que seguía el curso de la producción cañera y cafetalera, aunque el desplazamiento de haitianos es considerable de acuerdo con los ciclos productivos. La región guantanamera se nos ofrece como una alternativa excelente para éste tipo de estudio pues para algunos constituye más de la mitad de la población guantanamera que proviene de dicha raíz. Los posteriores movimientos campo-ciudad e intercomunitarios preferentemente durante la década de los 70, nutrieron aún más el medio urbano de inmigrantes y sus descendientes.

Las extensiones cafetaleras y las experiencias en su siembra y recolección por parte de los haitianos los convertía en protagonistas del proceso productivo. Formando parte de la ciudad, los primeros asentamientos nucleaban las inmigraciones haitianas, pero a medida que avanza el siglo comienzan a diseminarse por toda la ciudad. La comunidad conocida como Loma del Chivo fue desde muy temprano un área donde se asentaron haitianos matizando la dinámica de la ciudad, y fue la zona sur en un inicio donde encontramos sus principales asentamientos.

Los amplios intercambios de tipo intragrupal e intrafamiliar van reforzando sus lazos étnicos. Se establecen comunidades de origen haitiano –tanto en el ámbito rural como urbano–. Los haitianos poblaron áreas rurales de Guantánamo a tal punto que, en algunos sitios, la población cubana era mínima, prueba de ello son los centrales azucareros La Esperanza –actual Argeo Martínez–, y asentamientos como Yateras, Palenque, Arroyo del Medio, Cuneira, Sabaneta, Boquerón, Naranja Dulce, La Tagua, Monteruz, Montgomery, Constanza, Alcarraz, Bajito, Cemplé, Cecilia, Felicidad, El Silencio, Buena Vista, Manuel Tames, etc. En otras

zonas de Oriente también se desarrollan pequeños núcleos poblacionales como en Cueto, Báguanos, San Germán, Banes, Los Indios, y centrales como San Francisco (Amancio Rodríguez), Delicias, Chaparra y otros; en Santiago de Cuba, asentamientos como Barranca y Pílon del Cauto enraizaron en estas zonas y prefigurando identidades esenciales.

Aun cuando si de haitianos se habla, lo primero que aflora son sus prácticas religiosas sobre el vodú o vudú, un catolicismo, adscripciones al protestantismo (bautistas y pentecostales preferentemente) marcaron sus vidas cotidianas. Sitios de reunión a modo de templos surgieron en Brazo Seco, Rancho de Yagua, La Magdalena y Naranja Dulce (Guantánamo), y en otras zonas de Oriente como Santo Domingo y Los Indios (San Germán). Este tipo de creencias en zonas rurales fue consecuencia de la presencia de pastores cubanos y algunos predicadores haitianos ofrecían el culto en patois (mezcla de francés con lenguas africanas 35 familias haitianas y sus descendencias constituyeron nutrientes esenciales para nuestro estudio cuando al menos habían cursado dos generaciones desde el arribo de los inmigrantes. Cuando tomamos información registrada desde las instituciones civiles entre 1901 y 1958, de un total de 105 matrimonios, 32 se producen entre inmigrantes de origen haitiano, 35 entre haitiano (hombre) y cubana, 6 inmigrantes haitianos con otros extranjeros (mujeres), 17 son hombres cubanos con mujeres haitianas y 15 extranjeros con mujeres haitianas inmigrantes. Estas cifras pertenecen al Registro Civil de Guantánamo en el acápite de matrimonio. Como se observa, no existen diferencias significativas entre los dos tipos (I=I y I=C), aunque por separado ocurre una inversión de los valores para mayormente mezclarse con cubanas. Las causales pensamos están en la repatriación por un lado y, por otro, el que tomamos la información en un contexto urbano. Pudiesen haberse omitido datos por no declaración de nacionalidad debido al factor de rechazo del que eran objeto por ser inmigrantes, pobres y mayormente negros, y al cambio de nombres y apellidos del que fueron objeto. Para las descendencias, en las siguientes generaciones encontramos grupos estructurados a partir del siguiente orden: descendiente bilateral de haitianos con cubana; cubano con descendiente bilateral; cubano con descendiente de cubana haitiano; descendiente de cubano haitiana con cubana (considerando el primero como masculino y femenina). La isogamia aparece como recurrente cuando es válido aclarar que en las mezclas predominan los pares de iguales o sea entre individuos de igual raza y posición social.

Este factor es de extrema importancia para el análisis de las estrategias de apareamiento porque más que el color de la piel se da toda una jerarquización social y económica que expresa el reconocimiento y autoimagen del inmigrante. La concepción de la que se parte para la conformación de parejas y grupos de descendencia es la de monogamia, la que si bien cubre una parte de la realidad, no constituye su totalidad en tanto al definir la parentela desde un ego debemos admitir las uniones múltiples que estos conformaban a partir de ciclos productivos

y desplazamientos hacia otros territorios, lo que signa la conformación de familias simultáneas temporal y espacialmente.

Algunas ideas podemos conjeturar cuando de padres inmigrantes, los hijos preferentemente se mezclan con descendientes que como ellos han nacido en Cuba o con inmigrantes haitianos. Para que estas mezclas ocurran pueden estar actuando varios factores: a) una prescripción oral por parte de los padres donde estos impongan la elección de la pareja con individuos del mismo grupo; b) una determinación geográfico-espacial condicionada por la interacción entre inmigrantes en asentamientos, bateyes de centrales, etc., generando un comportamiento isogámico debido a la concurrencia de procesos económicos, sociales y culturales.

La construcción de datos en la ciudad de Guantánamo aporta que el 90% de estas uniones ocurrieron en zonas rurales y producto de la migración campo-ciudad, fueron nutriéndose progresivamente las comunidades periféricas (particularmente la comunidad San Justo, hoy tal vez la que conserva mayor cantidad de pobladores de estos orígenes). Algunos casos son encontrados en el trabajo de campo cuando la no formación de familias o la soledad constituyen una estrategia de vida de los haitianos. Para el caso de las uniones múltiples en cuanto establecen varias familias simultáneas o temporales, algunos casos resultan significativos. Comparando en general inmigrantes y primera generación de descendientes tendremos grupos de descendencia en el siguiente orden: haitiano-haitiano, descendiente-descendiente o haitiano; haitiano-haitiano, descendiente-cubano; haitiano-descendiente, descendiente-cubano; haitiano-cubano, descendiente-descendiente y haitiano-extranjero, descendiente-cubano.

Tomando como centro a la mujer haitiana, la descendiente y la cubana, reconstruimos dentro del ciclo familiar (incluyendo a las uniones múltiples porque en su mayoría implican descendencia) la forma en que se van integrando a la sociedad cubana donde el peso recae en la relación entre descendiente de haitiano y cubana para la segunda generación. Particular importancia tiene a nuestro juicio la primera generación pues es el nivel donde se produce el tránsito hacia el nativo en el binomio descendiente masculino-cubana. Al ir avanzando en tiempo, es lógica la disminución de haitianos –si tomamos en cuenta que han transcurrido entre 50 y 70 años–, a lo que debemos agregar el período fértil de las mujeres, con lo cual al detenerse su entrada y el hecho de que las cifras más importantes de inmigrantes ocurrieron en las tres primeras décadas del siglo (cerca del 75%), la segunda generación vendría generándose entre 1950 y 1970 (como tendencia); ya que sólo una pequeña fracción de los entrevistados arribó a Cuba después de 1930 (20%).

Relacionando entonces generaciones/género, la distribución que se aproxima sería entre inmigrantes: haitiano-haitiana y haitiano-cubana, para la primera generación

descendiente-cubana y descendiente-descendiente; y segunda generación: cubano-descendiente.

A modo de conclusiones:

No es pretensión de estas líneas absolutizar registros de formación de grupos de descendencia pues conocemos la existencia de diferencias regionales que lo pueden matizar. Sin embargo, estamos convencidos, por el trabajo realizado, de que sólo si se utiliza una perspectiva dinámica de análisis que dimensione al inmigrante en un largo período de tiempo y que incluya el ciclo familiar se puede realizar una valoración integral. Inferir estrategias de apareamiento a partir de registros demográficos puede enmascarar un conjunto de alternativas posibles, que deben ser tomadas en cuenta para este tipo de trabajo, donde el sentimiento de unión, ayuda, la fuerza del idioma, y la pervivencia de la raíz con la tierra matriz de origen, también constituyen una expresión de conservación de identidad.

BIBLIOGRAFÍA

Barth, F. (compilador), 1976, "Introducción". En *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-49.

Barrios Montes, Osvaldo, 2004, "Para *Pensar el Caribe* desde Cuba", en *Revista Mexicana del Caribe*, Año IX, No. 18, Chetumal, Quintana Roo, México. pp. 169-200.

Barrios Montes, Osvaldo, 2002, "De la inserción cultural haitiana en la Cuba del siglo XX", en *Del Caribe* No. 38. Casa del Caribe, Santiago de Cuba. pp. 11-24

Barrios Montes, Osvaldo, 2007, "Haitianos y descendientes en Guantánamo. Matices de un pesado lastre", en *Catauro. Revista cubana de Antropología*, Año 9, No. 16, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, julio-diciembre. pp. 60-79.

Bonfil Batalla, G., 1987, "La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos". En *Papeles de la Casa Chata* No. 3, México. pp. 23-41.

Borgatta, E., y Montgomery, Rhonda, 2000. *Encyclopedia of Sociology*. Second Edition Macmillan Reference, USA,

Castles, S., 1993, "La era inmigratoria. Cultura, incertidumbre y racismo". En *Nueva Sociedad*. No. 127, Caracas, Venezuela. pp. 48-59.

Castor, S. 1978. *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias 1915-1934*. Ediciones Casa de las Américas, Cuba,

Censo de Cuba de 1899, 1900. Washington, Imprenta del Gobierno, La Habana,

- Censo de 1907.* 1908. Oficina del Censo de los Estados Unidos, Washington.
- Censo de la República de Cuba, 1919, 1920.* La Habana.
- Censo del año 1943.* 1943. Informe General, La Habana,
- Censo de Población, Viviendas y Electoral.* Informe General de 1953, 1953. Oficina Nacional del Censo, La Habana,
- Censo de Población y Viviendas de 1970,* Editorial Orbe, La Habana, 1975.
- Cernicharo, J.: "Oriente: Fuerza de trabajo nativa e inmigración ilegal haitiana" en *Del Caribe* No.23/94, p. 93-98.
- Espronceda Amor, María E., 2001. *Parentesco, inmigración y comunidad. Una visión del caso haitiano.* Editorial El mar y la montaña, Guantánamo
- Espronceda Amor, María E., 2002. *Por los senderos del parentesco.* Ediciones Santiago, Santiago de Cuba
- Esteva Fabregat, C.1984. *Estado, etnicidad y biculturalismo,* Ediciones Península, Barcelona,
- Giner, S., Lamo de Espinosa, E. y Torres Alberó, C (compiladores), 2001. *Diccionario de Sociología,* Editorial Alianza S.A., Madrid
- Guanche Pérez, J. / Campos, G., 1986, "La ciencia etnográfica en Cuba durante el siglo XX". En *Temas* No. 10, MINCULT, La Habana pp. 41-53.
- Martín, C. y G. Pérez, 1998. *Familia, Emigración y Vida Cotidiana en Cuba,* Editora Política, La Habana.
- Moreno, D., 1988. *Caidije,* Edit. Oriente, Santiago de Cuba
- Moreno, D.1996. *Componentes étnicos de la nación cubana,* Ediciones Unión, La Habana.
- Pérez de la Riva, J. 1979. "Cuba y la Migración Antillana 1900-1931" en *La República Neocolonial.* Anuario de Estudios Cubanos 2, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Pujadas, J. J.1993. *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos,* Eudema. Madrid.
- Ritzer, G.1996. *Teoría sociológica contemporánea,* McGraw -Hill.
- Ritzer, G., 1996. *Teoría sociológica clásica,* McGraw -Hill.

Segalen, M.: *Antropología Histórica de la Familia*, Taurus Universitaria, Madrid, 1992.

Zimmerman, Carle C. 1935. *Problemas de la Nueva Cuba. Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos*. Cultural, S.A., La Habana.

Zonabend, F. 1988, "Una visión etnológica del parentesco y la familia" en *Historia de la Familia*, Editorial Alianza, Madrid, p.17-83.

[II] Desde 1959 hasta la actualidad las entradas de inmigrantes haitianos ha sido paralizada. Ello opera al nivel del análisis de forma diferencial respecto a cualquier otro grupo en el que se están produciendo entradas sistemáticas.

[III] S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres Alberó (compiladores): *Diccionario de Sociología*, 2001, p. 251-252

[IIII] U. Hannerz, Ob. cit, p. 202.

[IV] Véase C. Martín y G. Pérez: *Familia, Emigración y Vida Cotidiana en Cuba*, 1998.

[V] Algunas de estas ideas son tomadas del trabajo *De la inserción cultural haitiana en la Cuba del siglo XX: de la sociedad a la comunidad* del MsC. Osvaldo Barrios Montes, en *Del Caribe* No. 38., 2002, pp. 11-24.

[VI] *Antropología histórica de la Familia*, p. 62.

[VII] Censo de 1898, p. 105

[VIII] Censo de 1907, P. 61

[IX] Pérez de la Riva, 1979, p.45

[X] Castor, 1978, p. 55

[XI] 1994, P. 96

[XII] Censo de 1931, p.7

[XIII] Censo de 1931, P. 60

[XIV] Gaceta Oficial de Cuba con Decreto No. 2232.

[XV] Zimmerman, 1935, p. 237

[XVI] Censo de 1943, p. 747

[XVII] Pág. 748, Censo de 1943

[XVIII] Pág. 81

[XIX] Pérez de la Riva. *La República Neocolonial... p.-53.*